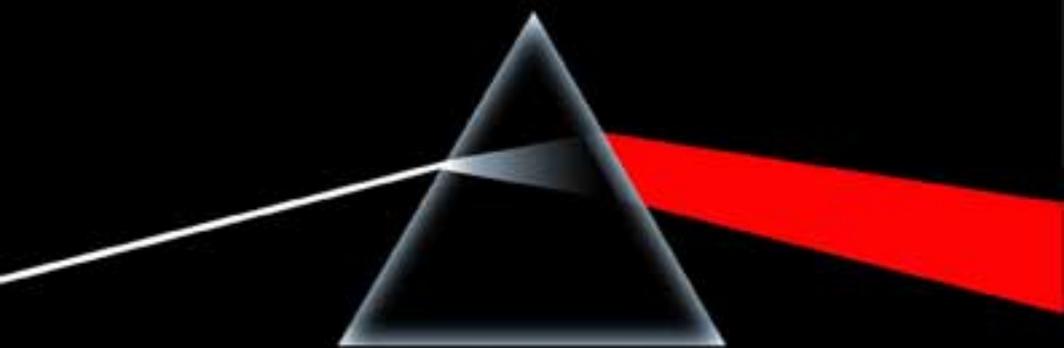


ROJO FLOYD

MICHELE MARI



MICHELE MARI

ROJO FLOYD

Novela en 30 confesiones, 53 testimonios,
27 lamentaciones (de las cuales 11 son ultramundanas),
6 interrogaciones, 3 exhortaciones, 15 informes,
una revelación y una contemplación

Traducción de *Eugenia Leva*



LA BESTIA
EQUILÁTERA

Mari, Michele
Rojo Floyd. - 1a ed. - Buenos Aires :
La Bestia Equilátera, 2013.
256 p. ; 22x14 cm.

Traducido por: Eugenia Leva
ISBN 978-987-1739-47-9

1. Narrativa Italiana. 2. Novela. I. Leva, Eugenia,
trad. II. Título
CDD 853

Diseño de tapa: Juan Pablo Cambariere
Diseño de interior: Daniela Coduto
Tipografía de tapa: Grover, diseñada por Alejandro Paul
Corrección: Malena Rey

© 2010 Giulio Einaudi editore s.p.a., Torino
© Eugenia Leva, de la traducción
© 2013 La Bestia Equilátera S.R.L.
Aguilar 2023
Buenos Aires, Argentina
info@labestiaequilatera.com
www.labestiaequilatera.com

ISBN 978-987-1739-47-9
Hecho el depósito que indica la Ley 11.723

Queda prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra, por cualquier medio o procedimiento,
sin permiso previo del editor y/o autor.

Primera lamentación, ultramundana

Los siameses

—Podían seguir llamándose Geoff Mott and the Mottoes...

—Nombre horrible, la verdad sea dicha.

—O Ramblers...

—¡Qué estupidez!

—De acuerdo, pero si se quedaban ahí nos habríamos salvado.

—Mortifiquémonos, si quieres. Por un tiempo fueron también

The Newcomers...

—Después Those Without, ¡sic!

—Ya... sic, sic... Así y todo no estaríamos como estamos.

—Llegaron a llamarse incluso Hollerin' Blues.

—Y Jokers Wild... ¿Te das cuenta? ¡Jokers Wild!

—Un momento, hay que ver quiénes estaban...

—Con que hubiera uno de ellos alcanza, ¿sabes cómo eran, no? Desarmarse y rearmarse, incluir a otros, hacerse adoptar, reencontrarse, no era solo cuestión de nombres, eran inestables por dentro, como si buscaran la combinación perfecta... deshacerse y rehacerse, cada vez un poco más cerca de la meta...

—Y de Sigma Six, ¿qué me dices?

—El empeño que ponían en encontrar nombres malos...

—Como Abdabs...

—Empeorado enseguida con Screaming Abdabs.

—O Megadeaths...

—Y todavía podíamos salvarnos. Podíamos salvarnos incluso cuando se convirtieron en Spectrum Five.

—Hasta con Leonard's Lodgers, piensa, estábamos a tiempo. Te digo más, hasta con Tea Set, el nombre más ridículo que se haya oído jamás.

—Y después...

—Vamos, sigue atormentándote. ¿No se te ocurre pensar que tu tormento es también el mío?

—Y después...

—Cada vez que llegas a este punto te bloqueas, y sin embargo sabes cómo pasó, lo sabes tan bien como yo: sus ojos se posaron sobre un disco mío...

—Un disco que habrá visto cientos de veces, como el mío...

—Los habrá visto juntos cientos de veces, pero aquella vez...

—Si hubiera sido uno de los otros no habría pasado nada, pero era él...

—¡Lo sabemos, bien lo sabemos! Él tiene el espectro del diamante en el ojo, él es quien hace verdaderas las cosas, él, él, ¡no aguanto más!

—Y quedamos adentro, para siempre. Desde ese momento, desde esa mirada sobre nuestros dos discos.

—Fue como si por primera vez nos *hubiese visto*, dislocados pero unidos...

—El poder de un demonio, cada una de nuestras mitades escondida en un nombre...

—En un disco...

—En un nombre en un disco... Él como un cirujano separó mi mitad, la soldó con la tuya, y nos hizo renacer así.

—Los cirujanos normalmente separan a los siameses, a nosotros nos tocó el único que los crea...

—Me gustaba mi nombre, Pink Anderson.

—Y a mí el mío, Floyd Council.

—Me pregunto si hubiera podido ocurrir también con las otras mitades...

—¿Quién puede decirlo? Los Anderson Council, no suena tan mal... aunque es bastante flojo...

—Hay que admitir, sin embargo, que Pink Floyd es bellísimo.

—¡Sí, pero a costa nuestra!

—¡Y pensar que aún podíamos salvarnos, aún podíamos!

—¿Por qué los demás se empecinaron con Pink Floyd Blues Band? ¿Crees que habría cambiado algo?

—¡Habría que ver! ¿Todavía no has entendido que lo que nos jodió la vida es la belleza? Cuando es esencial, la belleza se convierte en sustancia. Blues Band, y nosotros andaríamos por el mundo separados.

—Sí, pero al final el genio se impuso y nos convertimos en esto.

—Con la dureza del diamante, se impuso.

Pronunciadas estas palabras, el monstruo rosa se plegó sobre el monstruo fluido, mordiéndole el cuello. El monstruo fluido, como acostumbraba hacer en estas ocasiones, clavó todas sus uñas en la espalda de su semejante más íntimo, desgarrándole profundamente las carnes. Y una sangre clara empezó a correr copiosa a lo largo de un único cuerpo palpitante, una sangre rosa que llegada al suelo fluía, y fluía.

Segunda lamentación

Arnold Layne

Yo digo ¿no? que cada cual se divierta como quiera, mientras no le haga mal a nadie... cada cual en lo suyo y todos en paz, ¿de acuerdo?, porque ¿quién no tiene secretos?, son la sal de la vida los secretos, y cuanto más pequeños mejor, ¿voy a meter yo la nariz en las manías de los demás, yo? Para nada... Ja, el Arnold es un tipo que si ve algo raro mira para otro lado, y calladito, nada ha visto, así es el Arnold, pregunten si no... Y quisiera saber por qué justo yo tenía que terminar así, que si escuchas mi nombre enseguida piensas en eso... No se hagan los tontos, ¡las bombachas, las bombachas! Como si ahora las mujeres colgaran solo bombachas en la soga, ¡ojalá! ¿Y las medias? ¿Los corpiños? ¿Los camisones? No hay tiempo para elegir, en esos momentos das un manotazo y a correr, después en casa examinas el botín... ¡La de veces que te das cuenta de que te equivocaste! ¡La rabia que da cuando descubres que son calzoncillos! Todo ese trabajo para nada, saltar, raspase contra los muros, mirar si pasa un policía, si se enciende una ventana, si está el perro, ay dios mío, con la luz de la luna ves lo que estás agarrando pero te ven, también te ven... Después suponte que es gente que conoces, una cosa son las medias de la hija y otra las de la madre, es fácil reconocer las bombachas, con encajes y transparencias las de la hija, tipo calzón las de la madre, pero con las medias es más difícil, cuando están flojas estas de nylon se parecen todas, pero no es lo mismo ponérselas pensando en la madre, la señora Collington por ejemplo, unos jamones varicosos que si me miro al espejo vomito... La hija, en cambio... ¡Qué voy a hacer! Es lo que me gusta, ¿entienden? Me gusta vestirme de mujer. Me denunciaron, una vez, pero me cambié de barrio y nadie volvió a molestarme... La colección de bombachas que tengo

en el armario es única en el mundo, garantizado... Y en un cajón, ji ji... en un cajón especial guardo las usadas, las limpias las puede robar cualquiera, pero las sucias es cosa de profesionales, hay que esperar a que la casa esté vacía, forzar una ventana, saber dónde buscar... A veces no se encuentra nada, pero si tienes suerte, hay cada golpe... cosas de una riqueza... Aquí tienes, esta era mi vida, hasta que llega aquel... no sé ni cómo llamarlo, solo sé que era un vecino de casa, un chico simpático, de pocas palabras, un tipo raro... Nunca hablé con él, ni siquiera le había dicho mi nombre, miren si le iba a contar mi secreto... Bueno, una mañana voy al centro y todos cantan esa canción, la historia de uno que roba la ropa interior de las mujeres y se la pone delante del espejo, uno que se llama exactamente como yo, ¡Arnold Layne! Que es además el título de la canción, así que desde aquel día yo soy el de las bombachas... el hombre que se traviste... Nunca volví a estar en paz... Alguna bromista me deja sus bombachas delante de la puerta, incluso usadas me las deja, pero ya no es lo mismo... Porque yo no he estudiado, pero una cosa me queda clara: esos regalos son para el de la canción, no para mí... Hace unos años vinieron a entrevistarme, con cámara y todo, me dijeron que si yo no estaba tampoco existía ese disco, y que sin disco esos ni siquiera empezaban su carrera, así que, según ellos, debía pedirles unos cuantos billetes... sí, como si yo no supiera cómo terminó ese tipo, intenten ustedes sacarle dinero a uno así, un idiota... Él idiota y yo travestido, para siempre, aunque tenga puesto el mameluco la gente me ve de este modo, con las medias caladas frente al espejo... Pero él también debe de haber oído esa entrevista, porque unos días después me llega a casa un paquete con unas hermosas bombachitas de encaje celeste, bombachitas usadas quiero decir, y... eh... eh... usadas en ciertos días especiales que tienen las mujeres... no exactamente en esos días, sino inmediatamente después, cuando hay pérdidas todavía... ya no tan oscuras, tirando al rosa... y lo extraño es que esas manchas rosadas no se secaban, estaban siempre húmedas y frescas, es decir... como si las produjese la bombacha misma... fluidas, un poco pegajosas... tantos años después fluyen todavía... Bueno, me dije, un regalo así solo me lo puede mandar ese loco, pero qué grande ¿no?, sí, señor, un tipo grande.

Tercera lamentación

Bob Klose

Lo repito por última vez, tras lo cual pasaré a las vías legales. ¡Intimo a todo el mundo a que se abstenga de llamarme “el quinto Pink Floyd”! Hubo un quinto Beatle, de acuerdo, si bien he oído que se llamara así por lo menos a cuatro sujetos diferentes. Problema de ellos. Así que es la última vez que lo digo. ¡La última! ¡Palabra de Rado Klose alias Bob! Sí, toqué con ellos en la primera formación en la que estaban todos, él y los otros tres. Spectrum Five. De modo que también podría ser considerado como uno de los fundadores. Podría. Y me quedé hasta que nos... hasta que se llamaron Pink Floyd. Yo venía de los Blue Anonymous, por eso se burlaban de mí presentándome en los conciertos como Blue Pink. Para los demás era una broma, pero él... él estaba siempre serio, terriblemente serio incluso cuando parecía que se hacía el tonto... A mí me gustaba el jazz, me encontraban demasiado aristocrático... Un día él me aparta y me dice: “Tienes sangre azul, Bob, tenemos que cambiártela un poco”... Dado que le gustaban los juegos de palabras le pregunté por qué, para el nombre del grupo, se inspiró en dos músicos de blues. Me da escalofríos cuando pienso en su respuesta, todavía hoy. “Quédate tranquilo que esa música negra no la tocan más, en las tinieblas en que se encuentran conocen por fin el rosa de la aurora”. Yo me asusté, de verdad, y me fui. Cuestiones de carácter, escribieron, distintas concepciones musicales: ¡mentiras! Fue solo terror, de lo contrario no habría podido salirme a tiempo. Tanto es así que yo estoy aquí, mientras que los demás... bueno, ustedes ya saben cómo acabaron los demás, ¿no?

Cuarta lamentación, ultramundana

Stuart Sutcliffe

Yo soy el quinto Beatle. El único verdadero. No un productor como Martin, no un organizador como Aspinall, no un ocasional sesionista como Preston, no un baterista dimisionario como Best, no: uno de los cinco fundadores, cuando todavía nos llamaban Quarrymen. Y, según algunos han dicho, uno a la altura de John y de Paul, si no más, a ver si se entiende, el que deja su huella de una vez y para siempre... Por eso la horrible japonesa no quiere ni sentirme nombrar, teme que después de tantos años se haga justicia conmigo... Por otra parte, para ser honestos, no puede no dársele la razón cuando pregunta maliciosamente dónde están los homenajes que mis compañeros me han hecho... ¿Por qué si fui tan importante me olvidaron enseguida? ¿Justo ellos que *lo sabían*? Este es el punto, ellos lo sabían...

Se me considera en general como un ejemplo de mala suerte, ya morir a los veintiuno de hemorragia cerebral no es un bonito destino, pero si sucede inmediatamente después de que has fundado un grupo que van a ser los Beatles, bueno... Dicho así parece realmente una mala suerte monstruosa, pero era un deber... todo relacionado, implicado... al haber creado semejante máquina me tocaba... Me explico mejor: para que la máquina funcionase yo *debía* terminar así... ¡y vaya si funcionó! Durante años y años siguió funcionando, alimentada por la sangre que explotó aquel día en mi cabeza.

Quinta lamentación, ultramundana

Brian Jones

Acabo de escuchar a Stuart y sus acongojados lamentos. Le falta, sin embargo, una visión de conjunto. Ha sido el más desafortunado, pero ahora se sienta en el olimpo de los pelícanos evangélicos. Lo sé porque yo también tengo ese honor, junto con el Diamante, para no decir más, dos que hemos participado en la fundación de los Rolling Stones y de Pink Floyd. Yo sabía que algo me tenía que pasar, lo sabía porque era el único capaz de tocar todos los instrumentos y por eso Mick no podía soportarme. Él decía que yo era un exhibicionista, en realidad nunca aceptó que mi talento fuera más grande que el suyo. De modo que cuando el jetón me anunció, después de convencer al resto de la banda, que debía marcharme, yo ya sabía que tenía dos caminos: olvidarlos, y dejar que se apagasen, o dar mi vida para que fueran leyenda, y como amo mis creaciones escogí el segundo camino. El 3 de julio de 1969 me ahogué en una piscina, y tan solo dos días más tarde mis viejos compañeros llenaban Hyde Park con un recital inolvidable. Pero como en este mundo una pizca de justicia hay, las potencias han querido que ellos continuaran bajo la forma de momias: ¿tienen presente el rostro de Keith, el del mismo Mick? ¿Han visto alguna vez a alguien más apergaminado? Y ellos saben por qué están así de resecos, lo saben bien, pagarían millones de libras por el agua de mi piscina...

Me pregunto sin embargo cuál es la lógica de las potencias, por qué a Stuart le hicieron estallar el cerebro sin que hubiese saboreado todavía ningún éxito, por qué a mí me concedieron unos años más, por qué al Diamante lo mantuvieron con vida... sin su sano juicio, pero con vida... Y me pregunto también: ¿estamos seguros de que no es él el más desventurado de los tres?

Primera confesión

El hombre ratón

Me llamo Richard William Wright, alias Rick, nacido en Hatch End el 28 de julio de 1943. Soy el tecladista de Pink Floyd, sí, el hombre-Farfisa. Soy distinto de mis compañeros, más de lo que puedan imaginar: no me hagan demasiadas preguntas pero les aseguro que es así. Soy el más viejo y el más sabio, y me parezco a un ratón. Roger en cambio es un caballo. Nick es claramente un perro. Y Dave, bueno, no cabe duda de que Dave es un gato. En cuanto a Syd... Syd sé qué es, pero no lo puedo decir. Más bien les sugiero echar un vistazo a las fechas de nacimiento.

Roger Waters: Bookham, 6 de septiembre de 1943.

Nick Mason: Birmingham, 6 de marzo de 1944.

Syd Barrett: Cambridge, 6 de enero de 1946.

David Gilmour: Cambridge, 6 de marzo de 1946.

Todos el 6. Y si consideramos a Dave en lugar de Syd tenemos tres 6, no necesito aclararles lo que significan. Siempre sentí que entre ellos había algo que me dejaba afuera, no estoy hablando de un entendimiento secreto o de un pacto, es que simplemente para entenderse nunca necesitaron hablar, se comunicaban con las miradas, en esto Roger y Dave eran terribles, una mirada de uno y el otro sabía exactamente cómo modificar lo que estaba tocando... También era impresionante Syd, pero de manera diferente, él parecía que nunca te miraba, no miraba nunca nada... Conmigo fue, de todos modos, siempre afectuoso. Una noche soñé con él, habían pasado algunos años desde la última vez que lo había visto y estaba todavía más pálido y alucinado que de costumbre. "Hola, Rick", me susurra al oído, "sé que están preparando un nuevo álbum...". Parece que la cosa le agrada, pero yo no logro no sentirme culpable. "Es cierto",

respondo, “Roger y Dave no decidieron aún cómo llamarlo”... “Lo llamarán *The Dark Side of the Moon* y será algo grandioso. Por eso he venido a preguntarte si no te gustaría, aunque sea por una vez, participar con una canción del todo tuya... música, pero también unas palabras”... “Claro que me gustaría, si tan solo supiera por dónde empezar a enhebrarlas”... Él entonces se pone más pálido, mira fijamente un punto perdido en el vacío, y con un hilo de voz murmura: “Tú intenta, levántate y prueba ahora mismo, pero no les digas nada a los demás”... ¿Quieren saber cómo terminó? Hice como él me decía, y compuse una canción titulada “The Mortality Sequence”. Pocas noches después sueño de nuevo con él, y esta vez en su palidez hay una ligera sonrisa. “Mira que para ser sublime no es obligatorio ser fúnebre”, me dice, “la canción no está mal pero te abate, haría falta algo más eufórico... Este va a ser un disco maravilloso”, agregó, “pero para que sea perfecto le falta un toque de... sí, un toque de sexualidad”... “¿Y a mí me pides sexualidad?”. “A ti, sí, porque los demás son ya demasiado... oh, confía, mañana te mando una tipa que te ayudará con la canción”... Y la tipa llegó, era una vocalista que se llamaba Clare Torry, una que sacó unos agudos, unos gorjeos que parecían de verdad un orgasmo, en fin, para hacerla corta, entre ella y yo hicimos “The Great Gig in the Sky”. Los demás se quedaron sin palabras. Roger, sobre todo, parecía contrariado. Yo pensaba que era envidia, si me hubiera limitado a la música habría sido distinto, pero las letras eran terreno suyo, nosotros le decíamos “el Lírico” y eso lo llenaba de orgullo. Solo más tarde entendí que no era envidia sino estupor, porque Roger estaba convencido de que había tenido con Syd una relación especial, y esto seguramente era cierto, pero estaba también convencido de que la relación entre ellos seguía siendo incluso más fuerte a la distancia... En todo caso, aunque jamás me dijo nada, yo estoy seguro de que Roger sabía quién estaba detrás del “Gig”.

Segunda confesión

El hombre gato

Soy yo, David Gilmour, alias Dave, en otras palabras el guitarrista de Pink Floyd. Además de ser la voz y de haber hecho la música de más de la mitad de sus canciones. Sobre mí habrán oído decir muchas cosas: lo bello que era, lo virtuoso que era y sigo siendo, que Roger y yo teníamos la misma relación ambivalente que John Lennon y Paul McCartney, que quién habrá sido el más grande guitarrista entre Clapton, Page, Knopfler y yo, en fin, tonterías. A mí, en cambio, me interesa hablarles de la incomodidad, de cierto tipo de incomodidad que roza lo obscuro. Hay, por lo pronto, algo de genealógico que amenaza y que pesa, algo que no sabría definir sino como una compulsión a sustituir. A entrar en el lugar de otro y ocuparlo. El síndrome del usurpador de cuerpos, podríamos decir. Los primeros amigos con los que Syd tocó se hacían llamar Geoff Mott and the Mottoes; un año después dos de ellos, sin Syd pero con la llegada de Albe Prior, renacieron como Ramblers. Poquísimos tiempo después Prior, que en latín significa “el antecesor”, es reemplazado ¿adivinen por quién? ¡Sí, por mí! Al año siguiente toco en Jokers Wild, junto a un tal Tony Sainty que viene de los Mottoes a través de los Ramblers, y cuando Tony se va, ¿quién lo reemplaza, siendo yo parte del grupo? ¡Mi hermano Peter! Pero esto, claro, es solo prehistoria.

Syd y yo vivíamos uno al lado del otro y nos conocíamos desde chicos; más de una vez fui a su casa a tocar, si bien nunca fui parte de sus primeras formaciones. De todos modos nos encontrábamos a menudo y nos contábamos nuestras experiencias musicales. Tal vez por esto, cuando comenzó a dar muestras de locura, los otros tres me eligieron como sustituto. En los últimos meses del '67 se había

corrido la voz de que los Pink Floyd querían reemplazarlo, y se había conformado una lista de aspirantes que daba impresión: prácticamente todas las mejores guitarras del Reino Unido. Los otros dudaban, pero Roger me quiso a mí: yo era el más cercano a Syd, y su principal preocupación era herirlo lo menos posible. En calidad de amigo de la infancia, pensaba, sería más fácilmente aceptado como sustituto: solo a mí me asaltaba la duda de que Syd no fuera a sentirse de ese modo doblemente traicionado. Y descubrí tardíamente, además, que Prior no había sido mi “antecesor” sino el de Syd...

El peor período fue a comienzos del '68, cuando salíamos los cinco. Lo que quiere decir que estaban los Pink Floyd y estaba yo. Mientras estábamos en una sala de grabación era algo soportable, pero en el escenario... ¡Uf, el escenario! La gente no entendía, lo miraba un poco a Syd y un poco a mí, que tocaba sobre él... Lo doblaba, ¿entienden?, ejecutaba exactamente lo que Syd estaba tocando, y cuando equivocaba el tiempo o se bloqueaba yo seguía adelante como si fuera él... Mi estilo, encima, era bastante distinto del suyo, así que yo vivía aquellas performances como innobles imitaciones simiescas, hasta su voz imitaba, otra que Arnold Layne, ¡era yo el travestido! Algunas veces, y eran los momentos más dolorosos, tenía la impresión de que él se percataba de todo, de golpe dejaba de tocar y me sonreía como diciéndome “Ahora sigue tú...”. O bien abandonaba su lugar para ponerse a mi lado, casi pegado, como para hacerle evidente al público que cumplíamos la misma función... Bueno, a esto quería que llegáramos, había que hablar de la incomodidad, si consideramos además que casi todas esas canciones habían sido escritas por él, y que mientras tocabas te invadía la admiración, pero apenas levantabas la vista para mirarlo lo que te invadía era la compasión, lo veías tan abúlico, tan *perdido*, con un hilo de baba cayendo de su boca semiabierta... Piensen que llegamos a apagarle el micrófono y el amplificador, para que nadie sintiera los horribles sonidos que salían, cada vez más seguido, de su guitarra... Todo muy obsceno, ¿verdad?

Tercera confesión

El hombre perro

Me llamo Nicholas Berkeley Mason, alias Nick, de profesión baterista.

Yo te escuché, maullante señor de las cuerdas acústicas. Eran amigos de la infancia, es cierto, pero Syd y Roger iban a la misma escuela. Mejor dicho, Roger y Roger, porque Syd todavía no se llamaba Syd. Pero esa es otra historia. La mamá de Roger, Mary, se había quedado viuda hacía poco, y se encariñó con Roger-Syd con un entusiasmo que habría dado celos a cualquier otro niño. Roger en cambio bebió de aquel afecto y lo hizo propio, adoptando a Syd como un hermanito: les aseguro que, incluso cuando crecieron, no vi nunca a nadie querer tanto a otro como Roger quería a Syd. Lo he visto llorar cuando Syd empezó a ponerse mal, y era el único de nosotros que tocaba peor cuando Syd no estaba a la altura. Por eso cuando Rick y yo decidimos que había que reemplazarlo, él se opuso con todas sus fuerzas, obstinándose en tenerlo a Syd en todos nuestros recitales, hasta en la gira norteamericana que marcó el derrumbe definitivo de nuestro compañero. La crítica lo había rebautizado “el zombie”, y entre el público había quienes le gritaban de todo. Él los miraba sonriente y se quedaba quieto, o bien hacía el gesto de tocar sin rozar siquiera las cuerdas con los dedos, honestamente entiendo que después de haber pagado la entrada alguno sintiera que le tomaban el pelo... Debo decir, sin embargo, que me daba más lástima Roger, porque Syd parecía en otro mundo. Roger le lanzaba miradas desesperadas para hacerlo volver a la realidad, pero él seguía sonriendo, o apoyaba la guitarra en el suelo y se iba...

Cuando también Roger aceptó la decisión de reemplazarlo, dijo que si no escogíamos a Dave, él daría por disuelto al grupo. Nuestro Roger habló siempre como un jefe, y probablemente era

lo correcto. Yo hubiera preferido a Jeff Beck, pero los hechos terminaron dándole la razón a Roger. Recuerdo las primeras salidas de a cinco, cuando Roger se apartaba con Dave para darle una infinidad de indicaciones. Dave escuchaba y asentía como el enfermero de un manicomio catequizado por un psiquiatra. Pero había momentos en que las instrucciones no alcanzaban: como aquella vez en la furgoneta, cuando fue justamente Syd quien le dijo a Dave: “Ponle toda la garra esta noche, que quiero hacer un buen papel”. Dave lo miró a Roger para saber cómo comportarse, pero Roger ya se había dado vuelta para esconder sus lágrimas.

Índice

<i>Advertencia</i>	7
Primera lamentación, ultramundana. Los siameses	9
Segunda lamentación. Arnold Layne	12
Tercera lamentación. Bob Klose	14
Cuarta lamentación, ultramundana. Stuart Sutcliffe	15
Quinta lamentación, ultramundana. Brian Jones	16
Primera confesión. El hombre ratón	17
Segunda confesión. El hombre gato	19
Tercera confesión. El hombre perro	21
Primer testimonio. Mike Leonard	23
Sexta lamentación. Chris Dennis	25
Séptima lamentación. Geoffrey Mottlow	26
Segundo testimonio. Peter Jenner	28
Primer informe. Carta de Ronald Laing	30
Tercer testimonio. David O'List	31
Octava lamentación. Marzio Acquaviva	32
Cuarta confesión. El hombre perro (2)	34
Quinta confesión. El hombre gato (2)	35
Novena lamentación, ultramundana. Stanley Kubrick	37
Décima lamentación, ultramundana. Michelangelo Antonioni	38
Cuarto testimonio. John Aldiss	40
Sexta confesión. El hombre caballo	43
Quinto testimonio. Robert Wyatt	44
Sexto testimonio. Alan Parsons	47

Séptimo testimonio. Peter Watts - Alan Parsons (2)	49
Séptima confesión. El hombre gato (3)	52
Decimoprimer lamentación. Sid Barrett	54
Primera interrogación. John Gordon	55
Octavo testimonio. Julian Lennon	58
Noveno testimonio. Peter Dockley	59
Segundo informe. <i>La rama dorada</i>	62
Decimosegunda lamentación. Alan Parker	63
Décimo testimonio. Bob Geldof	66
Decimoprimer testimonio. Bob Ezrin	68
Tercer informe. <i>Floydspotting</i>	70
Decimotercera lamentación. Snowy White	71
Octava confesión. El hombre gato (4)	72
Segunda interrogación. David Bowie	74
Novena confesión. El hombre gato (5)	75
Decimosegundo testimonio. Jason Coleman	76
Decimotercer testimonio. Duncan Waters	78
Cuarto informe. Ficha de <i>Melody Maker</i>	80
Decimocuarta lamentación. Joe Boyd	81
Décima confesión. El hombre perro (3)	82
Decimoprimer confesión. El hombre ratón (2)	84
Decimocuarto testimonio. El gnomo	86
Decimoquinto testimonio. David Gale	87
Decimosexto testimonio. Ann Murray	89
Decimosegunda confesión. El hombre perro (4)	92
Decimotercera confesión. El hombre gato (6)	94
Decimocuarta confesión. El hombre caballo (2)	96
Decimoquinta lamentación, ultramundana. Los siameses (2)	97
Decimosexta lamentación, ultramundana. Glen Buxton	98
Decimoséptimo testimonio. Jack Monk	99
Decimooctavo testimonio. Nigel Lesmoir	101
Decimoséptima lamentación. Peter Jenner (2)	103

Decimonoveno testimonio. Michael Rock	107
Decimioctava lamentación. Syllas White	109
Quinto informe. <i>Enciclopedia Popular Moore</i>	111
Vigésimo testimonio. Rosemary Breen	112
Vigésimoprimer testimonio. Paul Breen	115
Vigésimosegundo testimonio. Ronald Salmon	117
Decimoquinta confesión. El hombre gato (7)	119
Vigésimotercer testimonio. Duncan Waters (2)	123
Decimosexta confesión. El hombre perro (5)	125
Sexto y séptimo informes. <i>Los grandes descubrimientos científicos - Cuando la ciencia es poesía</i>	127
Vigésimocuarto testimonio. John Peel	129
Decimoséptima confesión. El hombre ratón (3)	131
Vigésimoquinto testimonio. Clive Welham	134
Octavo informe. <i>Enciclopedia Popular Moore</i> (2)	136
Decimonovena lamentación. Robyn Hitchcock	137
Decimioctava confesión. El hombre gato (8)	140
Decimonovena confesión. El hombre caballo (3)	141
Tercera interrogación. Marzio Acquaviva (2)	143
Vigésimosexto testimonio. Alan Barrett	145
Noveno informe. <i>The Making of The Dark Side of The Moon</i>	147
Vigésimoséptimo testimonio. William Wilson	148
Vigésima confesión. El hombre ratón (4)	150
Vigésimoprimer confesión. El hombre caballo (4)	153
Vigésimoctavo testimonio. David Gale (2)	154
Décimo informe. Artículo del <i>Washington Post</i>	156
Vigésimonoveno testimonio. Mary Waters	157
Vigésimosegunda confesión. El hombre perro (6)	159
Trigésimo testimonio. Andrew King	162
Vigésima lamentación, ultramundana. Los siameses (3)	164
Trigésimo primer testimonio. Eric Clapton	166

Vigésimoprimera lamentación. Rachel Fury	167
Trigésimo segundo testimonio. Clive Metcalf	170
Vigésimotercera confesión. El hombre perro (7)	171
Vigésimocuarta confesión. El hombre ratón (5)	173
Trigésimo tercer testimonio. David Gale (3)	175
Trigésimo cuarto testimonio. Peter Stevens	176
Decimoprimer informe. Artículo de <i>The Guardian</i>	178
Cuarta interrogación. Marzio Acquaviva (3)	179
Trigésimo quinto testimonio. Alan Barrett (2)	181
Primera exhortación. Michel Rémy	183
Quinta interrogación. Friedrich Ruhle	186
Segunda exhortación. Yorgos Panafiotis	187
Vigésimoquinta confesión. El hombre ratón (6)	188
Trigésimo sexto testimonio. Mary Waters (2)	189
Vigésimosexta confesión. El hombre perro (8)	191
Vigésimosegunda lamentación. Archie “Pork” O’Reilly	193
Sexta interrogación. David Gale (4)	196
Decimosegundo informe. Telegrama de Roger Waters	197
Trigésimo séptimo testimonio. David Gale (5)	198
Trigésimo octavo testimonio. Douglas Field	200
Trigésimo noveno testimonio. Jeremy Chanceling	201
Decimotercer informe. <i>Inside Out</i>	203
Cuadragésimo testimonio. Peter Dockley (2)	204
Cuadragésimo primer testimonio. Jeff Brigham Jr.	206
Cuadragésimo segundo testimonio. David Gale (6)	208
Tercera exhortación. El desmesurado Ego de Roger Waters	209
Cuadragésimo tercer testimonio. Donald Barrett	210
Cuadragésimo cuarto testimonio. Jon Carin	212
Vigésimoséptima confesión. El hombre perro (9)	216
Vigésimotercera lamentación, ultramundana.	
Stanley Kubrick (2)	218
Decimocuarto informe. <i>Tratado de gemología general</i>	220

Cuadragésimo quinto testimonio. Jepp De Joonk	221
Cuadragésimo sexto testimonio. Alison Barrell	222
Cuadragésimo séptimo testimonio. Vera Lynn	224
Vigesimooctava confesión. El hombre perro (10)	226
Vigesimocuarta lamentación. John Lydon	227
Vigesimonovena confesión. El hombre gato (9)	228
Cuadragésimo octavo testimonio. David Bowie (2)	230
Cuadragésimo noveno testimonio. Michel Rémy (2)	231
Decimoquinto informe. Acta del Municipio de Islington	232
Vigesimoquinta lamentación. Samuel Riddick	233
Vigesimosexta lamentación, ultramundana. Alistair Grahame	234
Trigésima confesión. El hombre gato (10)	236
Vigesimoséptima lamentación, ultramundana. Los siameses (4)	237
Quincuagésimo testimonio. Michel Rémy (3)	238
Quincuagésimo primer testimonio. Alan Parsons (3)	239
Revelación. Alistair Grahame (2)	240
Quincuagésimo segundo testimonio. Anónimo	241
Quincuagésimo tercer testimonio. Robyn Hitchcock (2)	243
Contemplación	244
<i>Nota de la traductora</i>	247